

El desarrollo y la comunicación: Un divorcio en Latinoamérica

*Development and Communication:
A Divorce in Latin America*

Recepción: 01/11/2020, revisión: 25/03/2021,
aceptación: 01/04/2021, publicación: septiembre de 2021

<https://revistas.uasb.edu.ec/index.php/uru>

 **Xavier Brito Alvarado**
lx.brito@uta.edu.ec
Universidad Técnica de Ambato (Ambato, Ecuador)
<https://orcid.org/0000-0002-0005-0177>

 **Luis Ortiz Ortiz**
luisortizortiz@yahoo.com
Investigador independiente
Ambato, Ecuador
<https://orcid.org/0000-0002-8362-9773>

 **Nelly Guamán Guadalupe**
ng.guaman@uta.edu.ec
Universidad Técnica de Ambato (Ambato, Ecuador)
<https://orcid.org/0000-0002-5380-8877>

DOI: <https://doi.org/10.32719/26312514.2021.4.1>

Resumen

Las definiciones que se han construido en torno al concepto de desarrollo y el sentido con el que cuenta la comunicación comprenden espacios de reflexión que dan lugar a consistentes debates socioepistémicos, que evidencian una profunda disputa ideológica, caracterizada por la intención de imponer discursos hegemónicos desde los países “ricos” hacia los llamados intencionalmente “pobres”. Este trabajo retoma dos de las principales teorías del desarrollo que, en diversos momentos, se implementaron en Latinoamérica: la modernización y la dependencia, que, en gran medida, han trazado las agendas nacionales en lo político, económico y social. Además, se analiza cómo la comunicación se ha constituido en una ambivalencia, dado que gestiona y cuestiona los conceptos de desarrollo.

Este ensayo pretende articular miradas conceptuales que permitan poner en diálogo, y generar un acercamiento, entre la comunicación y los sentidos de desarrollo, partiendo de la premisa de que estos y sus posteriores derivaciones epistemológicas, como colonialismo, poscolonialismo o posdesarrollo, son constructos culturales de la modernidad.

Para guiar el curso de la reflexión, se plantea la siguiente pregunta: ¿cuáles son los discursos de la comunicación que se han empleado para la implementación de programas de desarrollo en América Latina?

Abstract

The definitions that have been built around the concept of development and the meaning of communication comprise spaces for reflection that give rise to consistent

socio-epistemic debates, which show a deep ideological dispute, characterized by the intention to impose hegemonic discourses, from the “rich” countries to the intentionally called “poor”. This work takes up two of the main development theories that, at different times, were implemented in Latin America: modernization and dependency, which, to a large extent, have drawn national political, economic and social agendas; and how communication has become an ambivalence given that it manages and questions development concepts.

This essay aims to articulate conceptual views that allow dialogue and generate a rapprochement between the senses of development and communication, based on the premise that these are cultural constructs of modernity and its subsequent epistemological derivations, such as: colonialism, post-colonialism or post-development.

To guide the course of reflection, the following question is posed: ¿What are the communication discourses that have been used for the implementation of development programs in Latin America?

Palabras clave • Keywords

Desarrollo, comunicación, teorías, Latinoamérica.

Development, communication, theories, Latin America.

— 5 —

1. Cartografiando el escenario

Reflexionar sobre las complejidades que articulan las categorías desarrollo y comunicación, en América Latina, implica una espinosa tarea conceptual e ideológica, debido a las diversas formas de entender estos conceptos, que han generado conflictividad epistemológica y política. Los debates, en este sentido, encuentran un origen al final de la Segunda Guerra Mundial, con la consecuente instauración de un nuevo orden mundial que, entonces, prometía orientar los esfuerzos filosóficos, políticos, económicos y administrativos a la satisfacción de las necesidades humanas y la superación de las visiones tradicionales para colocar a una modernidad renovada como eje central de las nuevas sociedades. El cambio del sentido de la modernidad europea al edificado por la visión estadounidense se produjo gracias a un pensamiento que logró consolidar a EE. UU. como centro hegemónico del mundo y que se impuso gracias a mecanismos sutiles de cooperación, asistencia social y discursos mediáticos.

Para construir una interpretación de la concepción de desarrollo, se propone un recorrido histórico por las transformaciones relevantes de sus significados, con el objeto de formular una apuesta crítica y analítica a la complejidad conceptual que articula al desarrollo como un constructo occidental, enmarcado en un proceso histórico que lo asume indispensable para todas las sociedades y consolida el imaginario de un tipo de metautopía: se cree, como fatalidad histórica, sin dar espacio a ninguna alternativa, que el camino que conduce a ella debe ser recorrido por todas las culturas para volverla realidad.

Una vez terminada la Segunda Guerra Mundial, la economía a escala global sufrió un acelerado movimiento que dejó como consecuencia severas asimetrías entre los países del Norte y del Sur, bajo la siguiente fórmula: Estados Unidos, Europa Occidental y Japón crecieron a ritmos acelerados, mientras que África, el Sudoeste Asiático y Sudamérica vivieron profundas depresiones económicas. En este contexto, las condiciones que definieron al sistema mundial de mercado sentenciaron a estas últimas regiones a ser proveedoras de materia prima barata, destinada a sostener el crecimiento del sistema económico legitimado por los países más poderosos. En tal sentido, se constituyó

una gran zona geográfica dentro de la cual existe una división del trabajo y por lo tanto un intercambio significativo de bienes básicos o esenciales, así como un flujo de capital y trabajo. Una característica definitoria de una economía-mundo es que no está limitada por una estructura política unitaria. Por el contrario, hay muchas unidades políticas dentro de una economía-mundo, tenuemente vinculadas entre sí en nuestro sistema-mundo moderno dentro de un sistema interestatal. (Wallerstein 2005, 40)

Wallerstein plantea que el sistema-mundo garantiza la explotación de los recursos y del trabajo de los países pobres del Sur, así como el enriquecimiento y beneficio asimétrico de los que detentan el control de las relaciones internacionales. Los países, según esta lógica, se clasifican en centrales, semiperiféricos, periféricos y los pertenecientes a la “arena exterior”: los países centrales concentran los procesos productivos y monopolizados; los periféricos se encargan de la competencia y el libre mercado; los de las áreas semiperiféricas tienen la posibilidad de ejercer cualquiera de los procesos de las áreas anteriores; y, finalmente, en la arena exterior se ubican los países dedicados a diversas actividades que no guardan relación relevante con los procesos del sistema-mundo.

Gilbert Rist planteó la pregunta por “el uso y apropiación de este término. ¿Por qué *desarrollo* y no otras alternativas como *civilización*, *modernización*, *liberación*, entre otras?” (2002, 37). Los puntos de encuentro que surgen entre la política y el desarrollo dan lugar a la producción de discursos hegemónicos que modelan una serie de procesos culturales que orientan el sentido del progreso, bajo la condición de que nadie se le puede oponer debido a su carácter de inexorable.

El desarrollo constituye una esfera conceptual y política que marca distancias epistemológicas entre unos territorios, el Norte, que han alcanzado una forma de vida atravesada por un bienestar económico (industrial, tecnológico, de salubridad, entre otros) y otros territorios, los del Sur, que aún carecen de este bienestar occidental. Por lo tanto, se puede entender el desarrollo como una construcción de “quien lo observa”, la verdad del desarrollo atrapa a la sociedad por su enorme potencial de seducción de un mañana mejor. (41)

Para Rist existe una analogía entre el desarrollo y el ser vivo. Para explicarlo, establece los siguientes parámetros de cuantificación: 1) la discrecionalidad tiene un sentido y un objetivo; 2) la continuidad es lineal, no da saltos; 3) el carácter acumulativo de cada etapa depende de otra, se trata de un movimiento en constante dependencia, que siempre

se dirige hacia el sentido de lo superior; y 4) no se puede pensar en retroceder, siempre se debe mirar hacia el futuro (irreversibilidad).

La idea de que el desarrollo es la única alternativa para que los países logren salir de la pobreza radica en un discurso que seduce y atrapa a sus poblaciones. Asimismo, cuando no se logran los propósitos trazados, tiene la capacidad de colonizar los imaginarios sociales y generar una ilusión para prolongar la espera y, así, garantizar que se extienda el plazo de la llegada de la fórmula político-económica que permita la solución de los problemas estructurales. En este sentido, Arturo Escobar (2007) sostiene que el concepto de desarrollo es confuso y continúa sin ser resuelto por ninguno de los modelos sociales o epistemológicos instaurados por la modernidad.

2. La lógica de la modernización

Abundantes y polémicos han sido los debates que se han generado en torno a los modelos de desarrollo implementados en América Latina. Para Alvin So (2005) existen tres aspectos de gran relevancia que habrían propiciado la expansión y aplicación de la teoría de la modernización: 1) la consolidación de Estados Unidos como potencia, en detrimento de otros países como Gran Bretaña o Francia; 2) la expansión de la ideología comunista, implantada y promovida por la entonces Unión Soviética, que se presentó como alternativa al modelo capitalista; y 3) la desintegración de los imperios coloniales europeos, que dio paso al surgimiento de los Estados-nación.

Con respecto al primer punto, Estados Unidos implementó un plan agresivo y ambicioso para lograr la expansión y legitimación de la ideología que sustenta el proyecto de desarrollo: se creó el Plan Marshall, orientado a la reconstrucción de Europa occidental, y, posteriormente, se dio apoyo político y financiero para frenar la expansión del poder soviético. Este sistema, creado por George Kennan y conocido como la “doctrina de contención y prioridades”, benefició a determinados países como Taiwán, Corea del Sur y Japón, pero excluyó a países de Latinoamérica, en función de una lógica de priorización que señaló las denominadas “áreas vitales” según la potencialidad de los recursos que hubiera en estas zonas.

La disputa ideológica entre Estados Unidos y la Unión Soviética nació a partir de la desintegración de los imperios coloniales europeos. En este contexto, la teoría de la modernización impuso la hipótesis de que las sociedades fundamentadas en los principios de la modernidad tenían mayor capacidad productiva y potencial para recorrer el sendero hacia el desarrollo. Eran sociedades en que se encontraban claramente definidos los límites estructurales entre las funciones individuales e institucionales. En este sentido:

A lo largo de los últimos cincuenta años, la conceptualización sobre el desarrollo en las ciencias sociales ha visto tres momentos principales correspondientes a tres orientaciones teóricas contrastantes: la teoría de la modernización en las décadas de los cincuenta y se-

sentá, con sus teorías aliadas de crecimiento y desarrollo; la teoría de la dependencia y perspectivas relacionadas en los años sesenta y setenta; y aproximaciones críticas al desarrollo como discurso cultural en la segunda mitad de la década de los ochenta y los años noventa. (Escobar 2007, 18)

La primera visión del desarrollo en alcanzar difusión fue la teoría de la modernización, partiendo de las ideas de André Gunder Frank respecto a la “experiencia histórica” y las tensiones que se generan entre los países, calificados desde esta lógica como desarrollados o subdesarrollados según su ubicación en la línea histórica en que transcurren los procesos modernizadores. Estas ideas son las que han provocado y consolidado la división social que, finalmente, identifica a los países pobres con lo arcaico y tradicional y a los países ricos con el discurso de lo moderno y civilizado.

Habitualmente, se afirma que el desarrollo económico se produce en una sucesión de estadios capitalistas y que los países subdesarrollados de hoy están aún en un estadio que a veces se describe como el estadio original de la historia, por el cual los países actualmente desarrollados pasaron hace ya largo tiempo. (Frank 1991, 146)

El proceso modernizador necesitaba implementar una idea de división de las personas en la estructura social, intención que operó como una de las primeras miradas metodológicas de la antropología, que no identificó a los pobres solamente como excluidos, sino que llegó a definirlos como objetos de investigación. De esta manera, se afianzó una escala respecto a la validez social de lo humano, rebasando las visiones de desarrollo y entendiendo a lo pobre como dispositivo de identificación de la exclusión socioeconómica.

— 8 —

...que el Salvaje como sabio es asiático la mayoría de las veces; que el Salvaje como noble es, frecuentemente, un nativo norteamericano; que el Salvaje como bárbaro es, usualmente, árabe o negro. Pero ni los papeles ni las posiciones son siempre claras y las dicotomías estructurales no siempre prevalecen en la historia. (Trouillot 2011, 68)

Es preciso señalar que la teoría de la modernización ejerció una fuerte influencia en las políticas públicas latinoamericanas en las décadas de los cincuenta y sesenta. Sus postulados se orientaban a lograr el incremento de los índices macroeconómicos de los países. La teoría de la modernización dio paso a un amplio período de esperanza social fundamentada en la búsqueda de los efectos beneficiosos que, según se prometía, se producirían si se depositaba la confianza en la acumulación económica. Durante casi tres décadas, la teoría del desarrollo impuso sus postulados, lenguajes y discursos dentro y fuera de las sociedades latinoamericanas. Muchos de sus promotores lograron un fuerte impacto en los países de la región, debido a que fueron técnicos o asesores muy bien entrenados los encargados de preparar diversos planes y políticas de desarrollo.

Para Gino Germani (1971), el proceso de modernización que se articuló atacó el irracionalismo político que imperaba en la administración de los países de la región. En este sentido, Germani plantea que todo proceso modernizador concluye con la formación

de una sociedad industrial en la cual el conflicto, las crisis y el cambio operan como mecanismos de legitimación de un orden político racional y estable.

La modernización y sus procesos de cambio se enfocaron hacia los sistemas sociales, económicos y políticos que se establecieron en la Europa occidental y en la América del Norte, desde el siglo XVII hasta el siglo XIX, se extendieron después a otros países de Europa, y en los siglos XIX y XX a la América del Sur, y los continentes asiático y africano. (Eisenstadt 1968, 11)

Esta teoría propone una racionalidad política que se somete a las relaciones sociales y de consolidación de la sociedad del mercado. El proceso de modernización proporciona a los sujetos el valor de los derechos individuales y, a su vez, la capacidad y competencia de elección; con ello se buscaría disolver los comportamientos tradicionales e imponer conductas propias de la sociedad industrial con el propósito de instituir la, prolongarla y legitimarla.

La modernización implica una serie de cambios estructurales al interior de las sociedades, que se representan de la siguiente manera: 1) cambio de la estructura normativa, predominio o extensión creciente de la acción electiva y disminución de la acción prescriptiva; 2) especialización de las instituciones; y 3) institucionalización creciente del cambio. De esta manera, la consolidación y la presencia de la sociedad industrial se evidencian en la secularización del conocimiento, la tecnología y la economía.

Para Germani (1971), los procesos que deberían experimentar los países iberoamericanos, camino al desarrollo, dependerían de los sucesivos cambios de estadio que cada nación adoptara en función de su realidad. En tal sentido, plantea: 1) guerras de liberación para alcanzar una independencia total; 2) fin de las guerras civiles, el caudillismo y la anarquía como expresiones del ejercicio político; 3) autocracias que posibilitaran escenarios unificadores; 4) consolidación de democracias representativas; 5) formación democrática representativa con participación de las mayorías; y 6) democracias representativas de participación social que promovieran la consolidación de alternativas revolucionarias de corte “nacional-popular”.

La modernización en su vertiente más clara se refiere a la recomposición de los sistemas de valores, control social y cultural de sociedades consideradas como tradicionales desde el ordenamiento objetivo de las sociedades modernas. Es en definitiva un proceso de absorción del pasado por el futuro, único orden que reconoce como válido la noción de progreso. (Aillón 2002, 29)

El discurso de la carencia —en lo político, en lo social, en salud, entre otros— fue la bandera que permitió posicionar y legitimar esta teoría, entendida como una de las estrategias de expansión ideológica del pensamiento occidental en los países de la periferia. En esta situación, se podría entender que se ejerció una especie de extractivismo no solamente de carácter mercantil, sino también en el plano epistémico, entendido como una

mentalidad que no busca el diálogo que conlleva la conversación horizontal, de igual a igual entre los pueblos, ni entender los conocimientos indígenas en sus propios términos, sino que busca extraer ideas como se extraen materias primas para colonizarlas por medio de subsumirlas al interior de los parámetros de la cultura y la episteme occidental. (Grosfoguel 2016, 132)

Alain Touraine, por su parte, plantea que la cuestión del desarrollo radica en la manera en que se da la relación entre países desarrollados y subdesarrollados, guiada por la ilusión de que la causante de los problemas en los países es la falta de acciones para poner en marcha el discurso moderno mediante acciones “modernizadoras”.

La modernidad donde el triunfo de la razón ha logrado aplastar al sujeto, anular el mundo de la subjetividad a favor del mundo técnico de la razón instrumental y la sumisión a la lógica del mercado, y por otro, aquella modernidad que ha sobrellevado su relación con el mundo objetivo a partir del repliegue obsesivo en las identidades particulares y el retorno a los integristas, es decir, que ha logrado deteriorar los fundamentos de una razón ordenadora. (Touraine 2007, 67)

Desde la perspectiva de Aníbal Quijano (2000), la teoría de la modernización, en América Latina, se articuló a partir de una serie de miradas reduccionistas del desarrollo y estuvo caracterizada por la obra de teóricos que se encontraban alejados de las realidades locales. Esto lo convirtió en un proyecto destinado al fracaso regional.

Una de las críticas de mayor relevancia a la teoría de la modernización fue planteada por Enrique Dussel (2000), quien para interpretarla criticó el sentido “civilizatorio” de la “modernidad”, que implicó un alto costo social para las culturas en las que se intentaron instaurar los procesos modernizadores, las cuales por esta razón fueron consideradas atrasadas y débiles.

La crisis de la teoría de la modernización radicó en que nunca entendió al sujeto como protagonista de los procesos de desarrollo, sino como un objeto que debía acoplarse de manera irreflexiva a las condiciones políticas imperantes, que en muchas ocasiones no correspondían a las maneras de entender la vida, a las realidades ni a los contextos culturales locales.

Con todo lo expuesto, se puede entender que los procesos de modernización de América Latina fueron el resultado de una serie de acciones sociales exógenas que de ninguna manera representaban las condiciones ni particularidades culturales de los países de la región y, menos aún, las heterogeneidades locales. Estos discursos se recreaban en la esfera estatal y se reflejaron en procesos agresivos que pretendieron forzar la industrialización de los países denominados, desde esa perspectiva, “subdesarrollados”. Se buscaba quebrar la relación de la población con los ejes articuladores de su pasado cultural, lo que permitió el nacimiento de discursos y posiciones de defensa de la identidad nacional, frente a lo cual se evidenció la imposición agresiva de políticas extranjeras por parte de varios Gobiernos de la región, con mayor visibilidad en las décadas de los setenta y ochenta.

3. Teoría de la dependencia, entre la esperanza y el olvido

La teoría de la dependencia surgió en 1950 y fue el resultado de una serie de investigaciones auspiciadas por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Puede ser entendida como un proceso histórico que define la composición de las sociedades dirigido por la crítica fundamental y radical a los impactos generados por las políticas denominadas “imperialistas”, provenientes en gran medida de Estados Unidos, y que, según ella, provocaban modificaciones en la estructura organizativa de los países llamados “dominados”. Entre los autores de mayor relevancia de esta perspectiva se encuentran André Gunder Frank, Raúl Prebisch, Theotônio Dos Santos, Fernando Henrique Cardoso, Edelberto Torres Rivas y Samir Amin.

Raúl Prebisch, economista argentino, construyó un modelo que buscaba interpretar las condiciones de desarrollo de un país, fundamentado en los siguientes criterios: 1) controlar la tasa de cambio monetario; 2) promover el papel gubernamental en el desarrollo nacional; 3) crear inversiones que priorizaran el capital nacional; 4) permitir la entrada de capitales que priorizaran los planes nacionales de desarrollo; 5) promover la demanda interna para la industrialización nacional y para 6) incrementar la masa salarial de los trabajadores; 7) desarrollar un seguro social desde el Gobierno; y 8) desarrollar estrategias nacionales para crear un modelo que permita la sustitución de importaciones.

Esta teoría combina elementos neomarxistas con aspectos de la visión económica keynesiana, y se fundamenta en cuatro principios: 1) desarrollar una demanda interna efectiva en términos de mercados nacionales; 2) reconocer al sector industrial como eje para lograr el desarrollo nacional; 3) incrementar los ingresos de los trabajadores para generar una demanda agregada en el mercado nacional; y 4) promover el papel de los Gobiernos para reforzar las condiciones de desarrollo nacional.

La dependencia es, más que una relación comercial internacional, un proceso de cambio estructural que se define y ejerce desde los centros de comercio internacional para que sea implementado en los países periféricos del sistema, que funcionan como proveedores de materias primas para hacer posible y facilitar la industrialización. Respecto a la teoría de la dependencia, André Gunder Frank plantea ciertas particularidades:

Los numerosos publicistas, reseñadores y clasificadores de la teoría de la dependencia [...] están casi totalmente de acuerdo entre sí al distinguir un viejo grupo de derecha de teóricos desarrollistas de la dependencia [...] y un nuevo grupo de izquierda [...]. Este último grupo se distingue supuestamente del anterior por rechazar el dualismo tanto en el plano nacional como internacional reemplazándolo por un análisis insistente del conjunto de las relaciones imperialistas y de la participación activa, consciente y voluntaria de América Latina. (Frank 1991, 23)

La teoría de la dependencia constituyó una respuesta, desde América Latina, a la estructuración del sistema capitalista, calificado como absorbente, excluyente y empobre-

cedor. Los elementos constitutivos de esta teoría se fundamentan en el análisis situacional de América Latina, principalmente en tres aspectos: 1) la inserción internacional a partir del debate centro-periferia; 2) las condiciones estructurales internas; y 3) la planificación al interior de los países. Estos tres elementos nacen como respuesta al modelo capitalista y las condiciones económicas de desigualdad resultantes de un modelo de desarrollo impuesto a los países “subdesarrollados”. Este tipo de políticas económicas permitió a Latinoamérica implementar mecanismos de industrialización para sustituir algunas importaciones, hecho que de alguna manera ayudó a países como Argentina, Brasil, Chile y México. Sin embargo, las crisis provocadas por el endeudamiento público y la nacionalización de ciertas industrias no facilitaron la construcción de escenarios que mejoraran notablemente la economía de los países “periféricos”.

4. Comunicación para el desarrollo, un largo laberinto latinoamericano

El criterio de la comunicación para el desarrollo tiene su origen en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial y ha logrado acoplarse a los diferentes contextos que se han presentado en el transcurso de la historia. Así, a partir de 1950 aparecieron diversas propuestas, entre las cuales cobran relevancia dos: la primera plantea un sentido de comunicación fundamentado en las teorías de la modernización y sus diversas técnicas y estrategias de información, empleadas principalmente por el Gobierno de Estados Unidos para publicitar sus productos industriales, comerciales y culturales; la segunda es una comunicación originada en las luchas sociales anticoloniales y antidictatoriales de los países llamados en “vías de desarrollo” e inspiradas en los postulados epistemológicos de las teorías de la dependencia.

[L]o que se suele denominar comunicación para el desarrollo es el mapa de un doble recorrido. En primer lugar, apunta a la acción modernizadora, emprendida por los Estados latinoamericanos para integrar y cohesionar a los diversos sectores de la sociedad en los grandes cambios que produce el desarrollo industrial y tecnológico [...]; en segundo lugar, señala una serie de luchas sociales, políticas y culturales que han demarcado el itinerario de lo que somos y deseamos ser [...], luchas que tienen como propósito democratizar el sistema comunicativo que se erige como hegemónico en estos países. (Bonilla, Benavides y Pereira 1998).

En el contexto latinoamericano, la creación del Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo (hoy CIESPAL) fue uno de los principales impulsores de la comunicación para el desarrollo en la región. Entre sus objetivos estaba la preparación académica de profesores para las escuelas de periodismo. El impulso teórico y de investigación de CIESPAL estuvo cobijado bajo la metodología francesa para el análisis de los contenidos de la prensa y las técnicas estadounidenses de análisis de audiencias y de

efectos de los medios masivos. De esta forma, en sus primeros años, CIESPAL se enfocó en seguir lineamientos que en muchos casos no respondían a los contextos culturales, políticos y económicos de la región.

En los países del Tercer Mundo, el incremento de la investigación en comunicación es el resultado de la acción desarrollada por la Unesco para lograr la ampliación de las redes nacionales de comunicación colectiva. Su motivación es democratizar las oportunidades educacionales; supone que los medios o vehículos electrónicos (radio y televisión) posibilitarán la alfabetización en masa, la educación continuada de las minorías poblacionales, a bajo costo. Dentro de este esfuerzo educativo, los países pobres importaron tecnología, sistemas gerenciales, modelos científicos, y tuvieron que formar recursos humanos para el manejo de los bienes adquiridos. (Marques de Melo 1984, 5).

En innumerables estudios comunicacionales y sociológicos predominó una visión instrumentalizada en el marco del dominio del capital, que evidenció problemas relacionados con la pobreza, la distribución de la riqueza y la necesidad de impulsar el proyecto de desarrollo. Entre las principales posturas teóricas de esta visión de comunicación y desarrollo constan las siguientes.

5. Lerner, el primer encuentro entre el tradicionalismo y la modernidad

— 13 —

En 1958 se generó uno de los hitos de mayor relevancia para el entramado conceptual generado por el desarrollo y la comunicación: el sociólogo estadounidense Daniel Lerner publicó *The Passing of Traditional Society: Modernizing the Middle East*, cuyo argumento central era que los medios de comunicación ejercían una fuerte influencia e impactaban directamente en los procesos de modernización cultural de los países. Bajo esta lógica, se puede entender con mayor facilidad que los medios de comunicación constituyeron mecanismos más eficaces para contraponer la sociedad moderna y su promesa de futuro confortable a la visión tradicional, contradicción que dio como resultado la consolidación sacralizada de la ideología de la sociedad occidental como modelo ideal a seguir e implementar en todos los países.

El trabajo central de Lerner parte de la hipótesis de que “el estilo personal predominante [es el de] la sociedad moderna, que es industrial, urbana, literal y participante” (1958, 50). De esta forma, las personas empáticas poseen un mayor nivel de movilidad y, con ello, mayor capacidad para orientar a los sujetos que viven en sociedades tradicionales. Para Lerner, las condiciones psicológicas provenientes de la empatía son cruciales para el desarrollo económico, político y social.

Así, los medios de comunicación se encargaron de construir mensajes con el fin de posicionar discursos en torno al subdesarrollo como una instancia marginal y descalifica-

da por el orden civilizatorio occidental. Este tipo de discursos se permean en contenidos que plantean ideales propios de los países capitalistas, con un gran poder de seducción para que la población de las periferias se identifique, reconozca como válidos los patrones conductuales atribuidos a las clases privilegiadas de los países ricos y se aleje de las culturas locales propias.

Desde esta perspectiva, el desarrollo y la comunicación lograron conjugar estrategias políticas de dominación y colonización de imaginarios, tomando como referente fundamental el proyecto ordenador de Occidente en su versión estadounidense. En este sentido, los discursos contenían y orientaban una fuerte carga política y cultural que enfocaba al desarrollo como un conjunto de valores positivos y universalizables, que en muchos casos se graficaba con imágenes del indígena y campesino tratando de adoptar estilos de vida ajenos a sus cosmovisiones tradicionales en lo cultural, político, laboral, sanitario, de consumo de contenidos mediáticos, entre otros.

La propuesta de Lerner señalaba la necesidad de generar un nuevo liderazgo y garantizar la participación ciudadana para construir escenarios que permitieran compartir y enseñar las experiencias del desarrollo comunitario. Esta teoría está fuertemente enmarcada en la crítica fundamental a los medios de comunicación masiva, que han incidido en las transformaciones sociales, principalmente en el intento de convertir los estilos de vida de la población y alejarla de las formas tradicionales, para así establecer nuevos modelos de convivencia social gracias a la instauración de nuevos y seductores imaginarios.

En los primeros pasos hacia el desarrollo, los medios informaban a la población sobre las propuestas o proyectos que se implementarían desde la administración gubernamental bajo la promesa de encontrar el desarrollo. Esto se instauró y legitimó como herramienta y evidencia de los indicadores estadísticos y los discursos mediáticos.

6. Rogers y la difusión de innovaciones

En 1962, Everett Rogers presentó su propuesta *De la difusión de innovaciones como motor de la modernización de la sociedad*. Para Luis Ramiro Beltrán (2007), esta propuesta se enfocaba como una innovación conceptual fundamentada en una comunicación participativa que contemplaba diversas etapas: percepción, interés, evaluación, prueba y adopción.

Para Rogers (2006), conforme las innovaciones van diseminándose en las sociedades, las personas tienen una mayor capacidad para llegar a la modernización. La comunicación, entonces, cumple la función de transmitir información para contribuir al desarrollo de las sociedades.

La teoría propuesta por Rogers buscaba explicar cómo las innovaciones son adoptadas por las poblaciones. La decisión de hacerlo requiere un largo período de tiempo, que comprende cinco etapas: 1) el conocimiento, cuando un individuo es expuesto a la

innovación y toma conocimiento de su accionar; 2) la persuasión, cuando se adopta una actitud favorable o desfavorable frente a la innovación; 3) la decisión, cuando el individuo desarrolla acciones para adoptar o rechazar la innovación; 4) la implementación, cuando el individuo decide finalmente adoptarla; y 5) la confirmación, cuando el individuo busca reforzar la decisión de implementación adoptada.

Rogers no consideraba que los medios masivos de comunicación fueran las únicas formas de difusión de las innovaciones; también están la comunicación interpersonal y las redes sociales (trabajadores, maestros, entre otros). Sin embargo, para que la comunicación tenga efecto, es necesaria la presencia de un líder. Según Rogers, para que la difusión sea efectiva se requiere formar grupos homófilos con heterófilos: los primeros con características comunes y los segundos con características diversas, para aportar ideas.

Desde esta mirada, la comunicación para el desarrollo es un método para influir en la sociedad y generar en ella conciencia sobre la tecnología para mejorar sus condiciones de vida. No obstante, esta corriente ha recibido críticas bajo la idea de que la difusión representa una forma de neocolonialismo que, desde los centros académicos y empresariales de los países desarrollados, se intenta irradiar hacia los países pobres.

7. Schramm y la creación de un clima para el cambio

En 1964, el comunicólogo Wilbur Schramm presentó los resultados de una de las investigaciones de mayor relevancia en el ámbito en que convergen la comunicación y el desarrollo. En ella, se presenta el modelo de comunicación llamado “de la tuba”, en el que prevalecen la comunicación interpersonal y la interacción con el “campo de experiencia”. Para Schramm (1980), este modelo hace referencia a los procesos mediante los cuales el receptor, a partir de una multiplicidad de mensajes, selecciona los que llaman la atención a los receptores. Para una mayor eficacia, los mensajes emitidos están cercanos a la personalidad del emisor.

Desde la perspectiva de Beltrán (2007), esta visión teórica se ancló a tres ideas principales: 1) la producción de información de planes, acciones, logros y limitaciones de los esfuerzos invertidos para implementar las políticas de desarrollo; 2) la participación directa en el proceso de toma de decisiones relacionadas a temas de interés colectivo; y 3) la generación de pedagogías en torno a la adquisición de destrezas indispensables para el desarrollo. En este sentido, los medios de comunicación constituirían mecanismos propicios para generar un ambiente adecuado que fomentara el cambio social indispensable e ideal para lograr el desarrollo. En términos de Beltrán, este tipo de teorías tenderían a prevalecer en Latinoamérica bajo la siguiente perspectiva: “La ‘comunicación de apoyo al desarrollo’ es el uso de los medios de comunicación masivos, interpersonales o mixtos como factor instrumental para el logro de las metas prácticas de instituciones que ejecutan proyectos específicos en pos del desarrollo económico y social” (2007, 36). Estas

teorías, a pesar de haber perdido espacio en el ámbito epistemológico, conforman y comprenden un potente recurso histórico en los procesos de construcción de la comunicación para el desarrollo.

Los diversos modelos de interpretación de los flujos de información, originados en los procesos de modernización, pretendían generar la idea de expansión de mercados a gran escala y la incorporación de las amplias masas sociales al sistema de consumo, mediante diversos mecanismos de persuasión, estrategias para la penetración de información y difusión de la innovación tecnológica. La divulgación de este entramado de ideas fue articulada, principalmente, por empresas privadas, agencias de publicidad y universidades de Estados Unidos.

Desde esta perspectiva, la comunicación se enfoca en la consolidación de una mirada negativa respecto a los valores y expresiones culturales de los países denominados “en vías de desarrollo”, toda vez que serían la idiosincrasia local y sus especificidades culturales las causantes de dicho subdesarrollo. La comunicación para el desarrollo encontró un fuerte impulso que la promovió, desde los años setenta, en la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO, por sus siglas en inglés). Desde sus inicios, esta corriente sustentó sus postulados epistemológicos, así como su puesta en acción, en el modelo de difusión de innovaciones.

Uno de los aspectos que permitió a la comunicación para el desarrollo gozar de simpatía académica e institucional fue el hecho de valorar el conocimiento y la cultura de cada localidad, con lo que dejó ver que el respeto al pensamiento local constituía un aspecto crucial para implementar los planes de desarrollo. A esto se debe añadir la necesidad de incrementar y potencializar las competencias y técnicas de comunicación de los agentes de cambio, con el objeto de que fueran capaces de producir nuevas e ingeniosas estrategias y materiales que posibilitaran la correcta difusión de los conocimientos adecuados, según los contextos culturales en que se aplicarían los programas de desarrollo

8. La mirada instrumental de la comunicación y el desarrollo

La comunicación también se ha convertido en un escenario de disputa epistemológica en el que se han contrapuesto, por un lado, la visión estadounidense y, por otro, la latinoamericana en torno al desarrollo y su articulación con la comunicación. Esta situación ha desembocado en una lógica de homogenización de la primera sobre la segunda, justificada en los diversos procesos de modernización.

Se tiene que tener conciencia plena de que la investigación y las prácticas comunicativas en la esfera norteamericana se han dirigido sobre todo a estudiar el hecho persuasivo, la capacidad de la actividad mediática para influir en las opiniones, en las actitudes y propiciar acciones en torno a un fin determinado. (Aillón 2002, 21)

A partir de lo expuesto, se puede identificar que, en principio, las principales miradas de la comunicación para el desarrollo se pueden sistematizar en las siguientes:

Información manipuladora: Surge después de la Segunda Guerra Mundial, se enmarca en un proceso de crecimiento y expansión de mercados (a cuya lógica se ancla), y se fundamenta en la necesidad de reactivar y mejorar la industria: “Una comunicación de mercado, los medios en pocas manos, la concentración del poder de influenciar las expectativas del universo de consumidores” (Gumucio Dagron 2002, 6).

Información asistencialista: Al ponderar el difusionismo, se la considera la versión social de la publicidad en contextos de modernización y se la propone como alternativa y salida del subdesarrollo, debido a que estos sectores tienen que “aprender de los pueblos desarrollados, dispuestos a compartir generosamente su tecnología y su conocimiento centralizado y centralista” (5). En este sentido, los medios masivos de comunicación generan un espacio propicio para el mercadeo social, con lo que se amplía la posibilidad de que la población sea susceptible de ser persuadida. El fin es permear su pensamiento para moldear sus comportamientos e imaginarios y, así, facilitar la difusión de las innovaciones tecnológicas y políticas producidas en los países del hemisferio norte, para que se puedan reproducir de una manera más rápida y fácil.

Comunicación instrumental: Articulada directamente al desarrollo en los ámbitos teórico y práctico, es la primera que lo entiende a partir de la importancia y la validez de las políticas y los sujetos como factores fundamentales y protagónicos en el seno de la estructura social: “Se inspira en las teorías de la dependencia de los años sesenta, y logra un paso fundamental, como es el que grandes agencias de cooperación internacional (FAO, Unesco y Unicef, entre otras) adopten estrategias de comunicación para el desarrollo y defiendan el derecho a la información” (7).

El saber local y la tradición se consideraron factores indispensables para lograr el desarrollo. A partir de este tipo de comunicación se crean y renuevan escenarios políticos tendientes a promover cambios de comportamiento por medio de roles modelo y técnicas de entretenimiento.

Comunicación participativa: Radica su importancia en la ética. Fomenta la comunicación sobre la base del respeto hacia el otro; así, reconoce la idea de identidad, busca la reafirmación de los valores culturales y permite y multiplica la participación de las voces silenciadas en y por los procesos históricos oficiales. De esta manera, intenta impulsar su presencia activa en la esfera pública y en la toma real de decisiones.

Recupera el diálogo y la participación como ejes centrales; ambos elementos existían entrelazados con otros modelos y paradigmas y estaban presentes en la teoría como en un gran número de experiencias concretas, pero no tenían carta de ciudadanía entre los modelos dominantes, de modo que no alimentaron suficientemente la reflexión. (8)

Esta dinámica de comunicación procura la recuperación de la memoria cultural de los pueblos marginados por el discurso oficial y el régimen de verdad instaurado por las élites locales, en alianza con las internacionales. Pese a los avatares políticos y económicos que ha enfrentado la comunicación para el desarrollo en América Latina, constituye una de las dimensiones más importantes en la construcción de nuevas sociedades más justas en cuanto a la distribución de oportunidades y de riquezas, orientadas a la consolidación de lo que se ha denominado un Estado justo.

En síntesis, la comunicación y el desarrollo conforman dos caras de una misma moneda. No se puede hablar de desarrollo sin comunicación, por un lado, y, por otro, se entiende que a cada idea de desarrollo le ha correspondido un modelo y una manera de comprender la comunicación.

9. El cambio de paradigma, a manera de conclusión

Para Jesús Martín-Barbero (2003), la comunicación es un campo que posibilita un constante diálogo interdisciplinario y, sobre todo, constituye un espacio estratégico para pensar y repensar los diversos conflictos, contradicciones y crisis que viven y enfrentan las sociedades.

La apuesta por una idea de comunicación para el desarrollo persigue modelos y estrategias que se orientan a generar y lograr cambios fundamentales en la estructura social. De esta manera, ha cambiado de propuestas y orientaciones teóricas y metodológicas, y con ello han surgido nuevos enfoques: la comunicación para el cambio social (Alfonso Gumucio Dagron, Clemencia Rodríguez), la comunicación como relación (Rosa María Alfaro) y la comunicación ciudadana (María Cristina Mata, José Ignacio López Vigil).

En este contexto histórico y conceptual, por comunicación para el desarrollo se entiende un modelo que utiliza a la comunicación como un instrumento necesario para instaurar un desarrollo social.

Sin embargo, los modelos de comunicación para el desarrollo también han sufrido fuertes críticas: se los ubica como discursos hegemónicos que intentan instaurar formas de pensamiento y acción que no representan los contextos culturales regionales o locales, y en este sentido, la comunicación para el cambio social surge como una alternativa interesante. Este tipo de comunicación posee diversas características, entre ellas la participativa, al basarse en la propia cultura donde se quiere instaurar un modelo; además, respeta las lenguas y la historia y establece alianzas y redes de cooperación para visibilizar la diversidad cultural y política. “La comunicación para el cambio social es una comunicación ética, es decir, de la identidad y de la afirmación de valores; amplifica las voces ocultas o negadas, y busca potenciar su presencia en la esfera pública. Recupera el diálogo y la participación como ejes centrales de los procesos sociales” (Gumucio Dagron 2011, 2).

La comunicación para el cambio social ha intervenido directa y decisivamente en los procesos de desarrollo de América Latina. Desde las perspectivas planteadas por la teoría de la dependencia y el nuevo orden de la información y la comunicación, ha sido posible ampliar la mirada respecto al desarrollo y acercarlo significativamente a la sociedad, respetando sus diversidades culturales y prácticas locales, dejando atrás la práctica de mirarla como objeto de investigación, carente de capacidad reflexiva, desde enfoques y metodologías exógenas. En cambio, se consolida su reconocimiento como agente capaz y competente para lograr el cambio social. “Aquí es donde comenzamos a hablar no de comunicación para el desarrollo, sino de comunicación para el cambio social, como una forma de utilizar la comunicación y las tecnologías de información y comunicación como fin en sí mismo y no como medios para otros fines” (Rodríguez 2011, 44).

De esta manera, la comunicación dejó de ser un instrumento manipulador de los discursos y de las conciencias y pasó a enfocarse en el fortalecimiento de diversas estrategias políticas y económicas para visibilizar a los actores otrora excluidos de los debates trascendentales para la definición de políticas públicas, con lo que se fortalece y amplía la participación democrática de todas las voces.

Si pensamos las tecnologías de la información y la comunicación desde esta perspectiva, lo que aparece es el panorama de los medios ciudadanos, entendidos como aquellos medios que facilitan procesos de apropiación simbólica, procesos de recodificación del entorno, de recodificación del propio ser, es decir, procesos de constitución de identidades fuertemente arraigadas en lo local, desde donde proponer visiones de futuro sostenibles, verdes; versiones sí locales, pero no provincianas; es decir, enredadas, conectadas con lo global. (14)

Para Gumucio Dagron (2011), algunas características que definen esta manera de entender la comunicación son: 1) la apropiación, ejercida por la comunidad, de los proyectos articulados en su entorno cultural y político; 2) la relevancia de la ejecución de proyectos de desarrollo a partir de la inclusión de lenguajes y de narrativas propias de las comunidades; 3) la generación estratégica de conocimientos locales a los que se puedan acoplar los conocimientos externos; y 4) el uso de tecnologías apropiadas de acuerdo con los contextos culturales y geográficos.

En este sentido, se puede entender a la comunicación para el cambio social como un escenario adecuado para “propiciar mayores espacios de empoderamiento, toma de decisión por parte de los grupos o comunidades con las que se trabaja y sostenibilidad de los procesos” (Rodríguez, Obregón y Vega 2002, 24-25).

De manera similar, se la puede definir como un proceso de diálogo abierto entre la comunidad y los investigadores, que es posible por y se sostiene en “el respeto, la equidad, la justicia social y la participación activa de todos” (Communication for Social Change Consortium 2003). Para ello, se deben considerar los siguientes factores:

Evitar que las personas sean simplemente objetos del cambio, convirtiendo más bien a las personas y comunidades en agentes de su propio cambio. Evitar solo diseñar, probar y emitir mensajes y apoyar el diálogo y el debate alrededor de los puntos clave. Evitar la simple transmisión de información por parte de expertos técnicos y colocar esa información en un contexto de diálogo y debate. Evitar el énfasis en comportamientos individuales y colocarlo en las normas sociales, las políticas, la cultura y el ambiente propicio para el cambio. Evitar solo persuadir a las personas para que hagan algo e impulsarlas a negociar el avance a través de procesos, asociaciones y alianzas. Evitar que expertos técnicos de agencias “externas” dominen y guíen el proceso y lograr que las personas afectadas por los problemas desempeñen un papel más importante. (Rodríguez, Obregón y Vega 2002, 25)

De esta manera, la comunicación para el cambio social constituye una nueva y distinta manera de diálogo, que facilita la participación y el empoderamiento del discurso ciudadano para construir un sentido de desarrollo que combata la pobreza y la inequidad, cada vez más visibles y dramáticas en el contexto latinoamericano. Para lograrlo, se emplea una multiplicidad de enfoques participativos que dan cuenta del reconocimiento de los sujetos como agentes decisivos para el desarrollo y se pone énfasis en la articulación de procesos horizontales para la toma de decisiones que aporten al autorreconocimiento de las personas como protagonistas de su propio desarrollo, bajo plena conciencia de los valores que integran su identidad cultural, utilizando como herramienta un diálogo en el que se incluyan sus necesidades, experticias y sueños.

— 20 —

10. Referencias

- Aillón, Alex. 2002. *Para leer al Pato Donald desde la diferencia: Comunicación, desarrollo y control cultural*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.
- Beltrán, Luis. 2007. “La comunicación para el desarrollo latinoamericano: Un recuento de medio siglo”. En *Participación y democracia en sociedad de la información: Actas del III Congreso Panamericano de Comunicación*, compilado por Damián Lloreti, Guillermo Mastrini y Mariana Baranchuk, 24-52. Buenos Aires: Prometeo.
- Bonilla, Jorge, Julio Benavides y José Pereira. 1998. “La comunicación en contextos de desarrollo: Balances y perspectivas”. *Signo y Pensamiento* 32: 119-38.
- Communication for Social Change Consortium. 2003. *Communication for Social Change: Listening, Learning, Local Voices Leading Change*. Nueva York: CFSC.
- Dussel, Enrique. 2000. *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).
- Eisenstadt, Shmuel. 1968. *Modernización, movimientos de protesta y cambio social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Escobar, Arturo. 2007. *La invención del tercer mundo*. Bogotá: El Perro y La Rana.

- Frank, André Gunder. 1991. *El subdesarrollo del desarrollo: Un ensayo autobiográfico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Germani, Gino. 1971. *Sociología de la modernización*. Madrid: Paidós.
- Grosfoguel, Ramón. 2016. "Del 'extractivismo económico' al 'extractivismo epistémico' y 'extractivismo ontológico': Una forma destructiva de conocer, ser y estar en el mundo". *Tabula Rasa* 24: 123-43.
- Gumucio Dagron, Alfonso. 2002. "El cuarto mosquetero: La comunicación para el cambio social". *Investigación & Desarrollo* 12: 2-23.
- . 2011. "Comunicación para el cambio social: Clave del desarrollo participativo". En *Comunicación, desarrollo y cambio social*, editado por José Miguel Pereira y Amparo Cadavid, 19-38. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Lerner, Daniel. 1958. *The Passing of the Traditional Society: Modernizing the Middle East*. Nueva York: The Free Press.
- Marques de Melo, José. 1984. "La investigación latinoamericana en comunicación". *Chasqui* 11: 4-11.
- Martín-Barbero, Jesús. 2003. *Oficio de cartógrafo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Quijano, Aníbal. 2000. "El fantasma del desarrollo en América Latina". *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* 2: 73-90.
- Rist, Gilbert. 2002. *El desarrollo: Historia de una creencia occidental*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Rodríguez, Clemencia. 2011. "Trayectoria de un recorrido: Comunicación y cambio social en América Latina". En *Comunicación, desarrollo y cambio social*, editado por José Miguel Pereira y Amparo Cadavid, 37-56. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- , Rafael Obregón y Jair Vega. 2002. *Estrategias de comunicación para el cambio social*. Quito: Fundación Friedrich Ebert.
- Rogers, E. M. 2006. "Communication and Development: The Passing of the Dominant Paradigm". En *Communication for Social Change Anthology: Historical and Contemporary Readings*, editado por Alfonso Gumucio Dagron y Thomas Tufte, 110-25. Nueva York: Communication for Social Change Consortium.
- Schramm, Wilbur. 1980. *La ciencia de la comunicación humana*. Ciudad de México: Grijalbo.
- So, Alvin. 2005. *Social Change and Development*. San Francisco: Newbury Park.
- Touraine, Alain. 2007. *Crítica de la modernidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Trouillot, Michel. 2011. *Transformaciones globales. La antropología y el mundo moderno*. Popayán, CO: Universidad del Cauca.
- Wallerstein, Immanuel. 2005. *Análisis de sistemas-mundo*. Madrid: Siglo XXI Editores.